

El Albatros, príncipe de los mares.

Hace poco más de dos años, en la guarida de la Hermandad de la Costa, donde nos reunimos para disfrutar como cabros chicos con reglas de adultos, tuvimos la ocasión de recibir a integrantes de la Real Sociedad de Protección de las Aves. El grupo de ingleses nos mostró los esfuerzos que esta organización está realizando en su empeño de poner en alerta la situación cada vez más creciente de muertes de los albatros en el mundo.

Se encuentra contabilizada una gran cantidad de especies de estas aves, siendo el Albatros Errante el más grande de todos, incluso superior al cóndor. Surcan las olas de la totalidad de los mares y su estructura aerodinámica le permite desplazarse por largas horas sin siquiera agitar las alas, cual volantín de papel expuesto a las corrientes del aire.

La gracia y versatilidad en su deslizamiento le hacen creer que son los reyes de los mares, pero por la presencia del hombre sólo son príncipes.

El drama de estos próceres está precisamente en su extrema envergadura, y en la necesidad de alimentarse. Han aprendido a seguir a las grandes flotas pesqueras pues ellas representan una manera fácil de obtener su comida: las carnadas de los espineles son la trampa mortal suya, pues al agarrar la presa se ensartan en los grandes anzuelos. Son arrastrados al fondo de las aguas, por los lastres de piedra que las impulsan a las profundidades demersales (donde proliferan congrios, merluza y bacalao).

También mueren al estrellar sus delicadas alas contra las barreras de las popas de los mismos buques cuando izan la producción en la recogida de las guías de espineles y, heridos, deben bajar a las aguas sin poder volver a alzar el vuelo.

Siendo una ciudad costera, estamos acostumbrados a observar cientos e incluso miles de gaviotas que juegan con los inclementes vientos que nos barren o los vemos romper conchas de choros sobre el pavimento para extraer su carne. Son tantas y están tanto tiempo allí, que nos olvidamos de ellas y simplemente no las vemos. La gracia y belleza de ellas es tan natural que apartamos la vista para buscar algo más interesante en el paisaje que pueda captar nuestra atención. Si observamos con un poco de detenimiento, podremos encontrar numerosas variedades de albatros mezclados entre ellas, destacándose por el espléndido juego de su vuelo. Con paciencia podremos ver algunas de las variedades que nos visitan, hasta que logremos captar el del Errante, con su marrón textura, recortada en sus enormes alas sobre la superficie o sobre las olas cuando el viento del este nos visita. Es raro verlas, pero no imposible.

Al pararnos en la Costanera para poder observar el paisaje, debería permitirnos ver los desplazamientos y anidamientos de especies que conviven con nosotros y que muchas gracias y alegrías nos dejan en los oscuros días de los inviernos.

Que los vahos del frío no nos nuble la vista de aquellas cosas naturales que forman parte de nuestra vida y que constituyen nuestro paisaje. El Albatros merece ser observado y admirado como lo admiran los miles de turistas frente a su representación en el Cabo de Hornos.